

Juan Soria Palacios

Hágase
tu
voluntad

The image features a central black and white photograph of a window with open shutters, looking out onto a bright sky. This central image is overlaid on a background of a red and black checkered pattern. The text 'Hágase tu voluntad' is written in large, white, sans-serif font across the middle of the image, and the author's name 'Juan Soria Palacios' is at the top.

Tras la ruptura con la novia de toda la vida, Juanjo se marcha a Madrid en busca de un futuro mejor. Se enamora de Claudia, una prostituta, a primera vista. Una buena mañana se levanta y entra en trance. Harto de tanta injusticia y corrupción decide tomarse la justicia por su mano. Como si de un Quijote del siglo XXI se tratara, establece un plan de acción y se lanza a la acción «desfaciendo entuertos».

HÁGASE TU VOLUNTAD

Juan Soria

INMOLACIÓN

*«No tengo gran admiración por los mártires,
señor Casement. Ni por los héroes. Esas gentes
que se inmolan por la verdad o la justicia a
menudo hacen más daño del que quieren
remediar».*

(Mario Vargas Llosa)

- I -

LA DESPEDIDA

-He estado todo el verano temiendo que llegara este momento y que tu respuesta fuese la que me acabas de dar..., la de siempre. Rocío..., quiero que sepas que mi aptitud es firme, no tengo más remedio que marchar a buscarme la vida a Madrid, en el pueblo me ha resultado imposible. Mola mazo quedarse aquí, pero carecemos de futuro... Lamentaría mucho que mis palabras pudieran ocasionarte ningún tipo de desazón, de ningún modo quiero que te sientas mal, pero te pido que seas capaz de meterte en mi piel.

-No te pongas trascendente, Juanjo..., te he dicho muchas veces que estoy dispuesta a marchar contigo y compartir nuestras vidas..., pero..., creo que no es el mejor momento para acompañarte. Debes pensar en mí y darte cuenta que necesito tiempo...

-Tu discurso me raya mogollón, Rocío. Sigues instalada en la mentira. Hace dos años que sabías que me estaba preparando oposiciones para entrar en la policía. Dos años..., Rocío. No puedes decirme ahora que no es momento de marchar. Lo siento..., pero vivir de esta forma no nos hace bien a ninguno de los dos, creo que es destructivo y nos hace daño. Parece que nuestro proyecto de futuro se acaba de esfumar como por ensalmo.

–Me parece que estás exagerando.

–Te dije que analizaras bien lo que te está pasando y que tomaras una decisión. Ha llegado ese momento. Debes decidir ahora mismo lo que quieres hacer con tu vida...

–Pero ¿no te das cuenta que mi madre está delicada de salud...?, podíamos esperar una temporada y ver cómo evoluciona su enfermedad.

–¡Mira que eres plasta...!

–¿Por qué soy plasta?, a ver..., explícamelo.

–Lo de tu madre es una excusa para no afrontar esos problemas que llevan tanto tiempo abrumándote. Tu madre podrá venir a nuestra casa cuando ella quiera con toda libertad, de eso que no te quepa la menor duda. Además, tu madre no se queda sola, tiene a tus hermanos. No te engañes, lo que te ocurre es que eres incapaz de vencer tus inseguridades. Sí..., te da miedo salir del pueblo, temes al futuro incierto fuera de las faldas de tu familia, pero yo tengo que presentarme dentro de tres días en el Ministerio de Interior...

–No te piques ni me levantes la voz. Lo único que te estoy pidiendo es que me des tiempo para que me vaya haciendo a la idea de...

–Rocío –interrumpió con brusquedad la conversación– mañana a las nueve y media de la mañana sale el tren que me llevará a Madrid, si te lo piensas mejor podemos hacer juntos el viaje...

Según le escuché contar a Juanjo la primera noche que nos conocimos, no se presentó nadie en la estación. Fue el único viajero que subió al tren en Úbeda. «Aunque la esperanza es lo último que se pierde, sabía que el viaje lo tendría que realizar solo, de eso estuve totalmente seguro desde el primer momento», le contó a Claudia el día que nos presentaron. Atrás dejó a Rocío (ese el nombre que pronunció para referirse a su novia), la novia de toda su vida, con sus historias y con sus histerias. No se le hizo

el viaje muy largo. Entre sueño y sueño, entre pensamiento y pensamiento se presentó en la estación de Atocha a la hora de comer. Llegó ligero de equipaje, y, aun así, lo que más pesaba en su mochila eran las ilusiones que le acompañaban. Venía eufórico, dispuesto a conquistar Madrid en poco tiempo. No tardaría mucho tiempo en darse cuenta que conquistar esta ciudad carecía de valor, ya que con su terrible fuerza de atracción, se rinde a los pies del primer visitante que pisa su asfalto: Madrid entra por los sentidos y por los sentimientos y el que la conquista acaba siendo parte de ella misma.

Me lo imaginé cruzando medio pasmado la Glorieta de Carlos V cargado de bártulos y, entre sirenas de la policía y bocinas de conductores faltos de cortesía, plantándose ante el Museo de Arte Moderno y descansando de la carrerilla que se tuvo que echar para que no se le cerrara el semáforo. Debió lanzar una mirada llena de papanatismo hacia su derecha. «Sabía que no muchos metros más arriba me esperaba el Museo del Prado, y eso formaba parte de las grandes ilusiones que llevaba en mi equipaje», me dijo entre trago y trago. No en vano venía a Madrid con la intención de matricularse en Historia del Arte. «Al contemplar a primera vista la ciudad, con los ojos soñadores del recién aterrizado en la villa, pensé: ¡qué buenas migas vamos a hacer tú y yo juntos!», siguió explicando. Le fue inevitable en ese momento recordar a su novia. No fue un pensamiento muy positivo, la tildó de cazurra y de persona capaz de taladrarle el cerebro a cualquiera a base de repetir la misma cantinela. «Me di cuenta, mirando hacia el Paseo del Prado de todo a lo que acababa de renunciar mi novia por su inestabilidad emocional y su falta de arrojo», soltó de sopetón en otro momento de la conversación. Quedó impresionado por la dimensión de los bulevares y de las plazas, del trajín infernal y del ruido. Se debió quedar fijamente mirando hacia el Ministerio de Agricultura, pensando que la ciudad podía presumir, como esas gran-

des ciudades, de haber sabido conjugar con sabia mano las obras de la modernidad con los edificios señoriales de otras épocas. No permaneció mucho tiempo la memoria de su novia en su cabeza, según nos dijo. Ante el dolor del pasado por lo que había dejado atrás y la ilusión por lo que le esperaba en la capital venció lo segundo. Siguió andando hacia el museo en busca de un hotel apropiado a sus posibilidades económicas. Entre cerveza y cerveza (fueron unas cuantas las que tomamos) hizo revisión rápida de su vida de adelante hacia atrás y se detuvo especialmente en la niñez —su querida patria— y en sus mocedades. «Mi infancia fue una de tantas, ciertamente; pero, aunque sin grandes relieves y con escasas incidencias, fue la mía», contó con orgullo. Su padre se dedicó toda la vida a trabajar en el campo. No era un terrateniente, ni mucho menos, pero sus tierras eran lo suficientemente extensas para que en casa, una casa que tenía que alimentar a cuatro hijos, no se pasaran necesidades. Tras las colecciones de cromos y de las cajas de cerillas, que son recuerdos de su primera infancia, o las trapatiestas que formaban los cuatro hermanos en la casa, o algún pescocón que se llevó de los niños mayores con los que se juntaba —sin pasar por alto las palabras malsonantes que aprendió antes de tiempo— pasó a la época del instituto. Realizó un bachillerato muy bien aprovechado, entregándose a la lectura y al análisis de los textos literarios. Un recuerdo indeleble que le acompaña es el de don Mariano, su profesor de Literatura. Don Mariano supo inculcar en él el amor por los libros. Gracias a él se introdujo en el frondoso bosque de la literatura mientras muchos de sus compañeros se pasaban las horas papando moscas o blasfemando en el garito de la plaza. Y de nuevo le viene a la mente, por donde tire se topará con ella sin remedio, la imagen de su novia. La conoció en el instituto a la edad de dieciséis años. Fue un amor a primera vista que se convirtió en el amor de toda la vida y que no ha podido llegar a buen puerto.

Siguió su camino en busca de una pensión donde dejar el equipaje y giró a la izquierda calle arriba. En el 96 de la calle Atocha, en la acera de la izquierda según subimos, encontró un hostel de dos estrellas en el que depositó los bultos. Nos iba contando su pasado y su llegada a Madrid con tanto orgullo como nostalgia, a pesar de que quiso dar la impresión de haberse desprendido de todo su pasado.

«Me hubiese echado a dormir tranquilamente si no hubiese sentido necesidad en el estómago, aun así puede que hubiese resistido el hambre si no hubiese venido a Madrid con la idea persistente de tomarme un buen bocadillo de calamares con una cerveza fresca», siguió diciendo.

Tras la siesta de rigor en su primer día de estancia en la capital se dio cuenta de que la tarde se le iba a hacer larga y tuvo un ligero ataque de melancolía. La ilusión por abrir una nueva puerta en su vida era muy grande, pero el día que llegas a Madrid y te das cuenta que has dejado atrás tu pasado entero te invade la tristeza y sientes la soledad de la gran ciudad. Echó un vistazo al periódico y decidió ir al cine a ver la última de Clint Eastwood, que si no le acabó de llenar del todo, tampoco le decepcionó.

No me cabe duda de que al llegar al hostel y cerrar la puerta de la habitación, cuando arreció su endeblez ante la incomunicación, debió sentir una enorme sensación de tristeza. Claudia me contó con posterioridad que, ante la falta de sueño y dado que no se había agenciado un buen libro de lectura para resolver las horas de asueto, tomó el periódico y marcó un número de teléfono. Unos minutos más tarde estaba en el primer piso de la acera de enfrente, unos números más abajo, junto a una chica joven que mostraba sus virtudes en ropa interior. Era la primera vez que intentaba dar rienda suelta a sus impulsos sexuales pagando a una chica. Lo hizo más por despecho que por

necesidad. Cuando la chica empezó a quitarse la poca ropa con la que cubría su cuerpo, Juanjo la detuvo:

–No, por favor. No hace falta.

La chica, que no tenía mucha experiencia en el oficio, quedó sorprendida.

–¿Qué quieres que hagamos entonces? –le respondió con candor juvenil.

–Hablar.

–¿Hablar?

Juanjo se había quedado prendado de esos ojos claros con mirada profunda y sintió que no debía profanar ese cuerpo. Le cogió la mano y le preguntó el motivo por el que ejercía la prostitución...

La conversación se extendió durante treinta minutos aproximadamente, al cabo de los cuales tomaron la decisión de marcharse a pasar la noche juntos al hostel.

Nunca pude entender la actitud de Juanjo no permitiendo que mi hermana se quitase la ropa. ¿Sería por no estropear la relación? ¿Necesitaría un lugar que le inspirara más confianza para echar un clavo como Dios manda? También pensé en la posibilidad de que Claudia me estuviera mintiendo, por supuesto... Tampoco pude disipar dudas acerca del motivo por el que mi hermana se va con el primero que le propone un plan y deja plantada a su jefa. ¿No pensaría que Juanjo solo buscaba el típico rollo de una noche? La prudencia me impidió preguntar nada acerca del asunto, pero tengo la certeza de que fue un flechazo a primera vista trufado con amor por despecho.

– II –

EL DESAHUCIO

–Parece que he caído de pie en Madrid –dijo Juanjo cuando abrió mi hermana la puerta del piso.

–¿Por qué dices eso?

–Porque el primer día que llego a Madrid me he encontrado la chica más guapa de la ciudad, me la trinco, me lleva a su casa y resulta que vive en un piso precioso y al lado del Museo del Prado.

No era muy grande el piso, pero disponía de tres dormitorios amplios y un buen salón muy luminoso, ya que tenía ventanas a dos fachadas. El salón era lo suficientemente grande como para tener dos ambientes bien delimitados. En una esquina dos sofás haciendo ángulo recto de tres cuerpos cada uno dejaban un espacio intermedio donde había una mesa baja de madera noble con cubierta de cristal. En la esquina opuesta, a la mesa de caoba, escoltada por cuatro sillas de línea clásica, la rodeaban un aparador y una vitrina hasta el techo, también de maderas nobles. Todo ese conjunto daba al salón una sensación de severidad y pragmatismo a la vez.

–Pasa aquí..., te voy a hacer hueco en el armario...

–¡Esto parece la *suite* del Palace..., y mira qué vistas tiene! ¡Estoy flipando en colores!

La habitación de matrimonio estaba reformada con un gusto exquisito. El mobiliario, cama, mesillas y chifonier, de líneas sencillas en blanco impoluto destacaba sobre el gris de las paredes y la oscuridad del *parquet*. A mi hermana no le debió resultar difícil convencerlo la primera noche que se encontraron para que compartiera piso con ella. Al ver la categoría de la vivienda, la calidad de los muebles y la decoración, pareció mostrarse renuente a ocupar la vivienda, dando a entender según contó que ese nivel no se correspondía con su estatus. No es que no tuviera ganas de convivir con Claudia, al contrario, quedó prendado de ella al primer instante de conocerse, pero le resultaba violento meterse a vivir en un piso de lujo que, por añadidura, no tardó en enterarse de que no era propiedad exclusiva de su pareja. El piso estaba a nombre de los herederos de Ramón Guerrero Medina, que era mi padre. Dado que somos dos hermanos, al morir nuestros padres, el piso pasó a ser propiedad de los dos.

Que a Juanjo le vino de perlas conocer a mi hermana el primer día de su llegada a Madrid, no me cabe la menor duda, dadas sus circunstancias personales. A mi hermana también le vino estupendamente, ya que el dinero que aportó Juanjo le resultó suficiente para ayudarme a salir adelante, lo que le permitió dejar de tener que ganarse la vida de esa forma tan indigna.

—No olvides que le tienes que consultar a tu hermano sobre la conveniencia de instalarme en vuestro piso —dijo Juanjo con un deje de pesadumbre en su voz.

—No debes preocuparte por eso. Mi hermano no tiene intenciones de vivir aquí, de hecho lo abandonó en cuanto tuvo ocasión.

¡Cómo no iba a irme de allí! Mi hermana nunca ha admitido que soy mayor de edad y que no tiene que comportarse como una madre dominante. Se ocupó de mí cuando murieron nuestros padres, desde entonces se cree que me tiene que proteger como si fuera un bebé.

–Esta parte del armario es para ti –dijo mi hermana–, coloca la ropa que luego nos vamos a echar una buena siesta para empezar; esta tarde he quedado con unos amigos y quizá trasnochemos.

–Me parece bien, mañana no tengo que madrugar. Estoy deseoso de echarme una buena birra en Madrid.

–Son una pareja estupenda...

–¿A quién te refieres?

–¡A quién va a ser! –receló Claudia.

–¡Perdona!, estaba pensando en tu hermano.

Mi hermana había quedado con Martina, una vieja amiga del colegio que fue vecina nuestra en el otro barrio. No se ven mucho, pero no han dejado de tener contacto desde que nos cambiamos de casa. A veces, incluso, organizan algún viaje en grupo durante las vacaciones de verano.

–Estás obsesionado con mi hermano...

–Debes entender mi situación, Claudia. El primer día que paso en Madrid conozco a una *pivona* en las circunstancias que lo hice. Me la llevo al hotel, echamos un quiqui y a la mañana siguiente me instalo en su casa que...

–... Que está también a nombre de su hermano –añadió Claudia con tono guasón–. No te preocupes por lo de mi hermano, cuando podamos quedarnos con él y planteamos el asunto.

–Creo que lo justo será que le pague una mensualidad de alquiler. De esa forma eliminaré la sensación de estar de okupa. No quiero que piense que soy de la cofradía del puño cerrado y mucho menos que soy un rata que vengo a aprovecharme de su hermana. Lo siento, pero me gustan las cosas claras.

–A mí también me gustan las cosas claras y espero que seas sincero en lo referente a tu novia.

–He sido sincero, mi novia no consideró acompañarme a Madrid y..., se acabó, eso es todo. Hemos cortado el rollo...

–Lo que me preocupa es que se presente de buenas en Madrid y...

–Y qué –pidió aclaración Juanjo.

–Que no quiero sufrir tontamente. Que no me gustaría que nuestra relación haya comenzado por despecho y que te pido sinceridad.

–¿De qué tienes miedo? –le preguntó rodeando su cintura con sus brazos y la atrajo hacia sí enroscándose en un beso balsámico.

–Ya te lo he dicho..., tengo miedo de sufrir una decepción amorosa.

–Si he abierto una nueva etapa en mi vida es porque la anterior la he cerrado. Tienes que tener confianza, yo también te puedo manifestar dudas.

–Pues habla, creo que es lo mejor que podemos hacer.

–Me preocupa la forma en que nos hemos conocido..., quiero decir que no es una forma muy habitual.

–Nos hemos conocido de esta manera porque de otra hubiera sido imposible coincidir, tómatelo así. Tu actitud no es para estar muy orgulloso de ella, la mía seguro que tampoco, pero nos hemos conocido, y eso es lo importante. Nos hemos prometido que eso ha sido un paréntesis en nuestras vidas que tenemos que eliminar. Si he tomado la decisión que tomé fue por ayudar a mi hermano, eso es todo.

–De todas formas hemos de darnos tiempo para confiar el uno en el otro.

Y siguieron hablando dilatadamente de su presente, de su pasado e, incluso, hicieron planes de futuro. Los acontecimientos que habían experimentado durante las últimas horas había activado en ellos tal sentimiento de excitación que parecían querer beberse el mundo en una tarde como si hubieran convertido el momento presente en un hoy sin mañana. Un enorme grado de efervescencia pasional les tenía atenazados. Les fue imposible coger el sueño.